

pobres; y quinto y último, singularmente, imitar á Jesús y á María.»

Entre los favores que manifiesta haber recibido por entonces del Señor, cuenta los deseos que sentía de padecer por Él: «De algún tiempo á esta parte,— escribe, —Dios Nuestro Señor, por su infinita bondad, en la oración me da muchos conocimientos con muchísimas ganas de hacer y sufrir por su mayor gloria y bien de las almas. Tengo unos deseos tan grandes de salir de Madrid é ir á predicar por todo el mundo, que no puedo explicar lo que sufro al ver no me lo permiten: sólo Dios lo sabe. Cada día he de hacer actos de resignación conformándome á la voluntad de Dios, que conozco que es que por ahora continúe en Madrid: hago propósito de callar; mas á lo mejor me olvido y digo que quisiera irme (1).»

En otros papeles escritos en este mismo año aseguraba que en toda su vida pasada no había padecido tanto como desde que estaba en la corte. Compárase á un pájaro enjaulado que atisba siempre por dónde podrá escapar, y llega á decir que casi se alegraría de que por algún medio brusco le echasen. Hablando con su familiar D. Carmelo Sala, le dijo alguna vez que se hallaba en Madrid como perro sujeto á la cadena (2). Preguntándose la causa de tanta repugnancia á estar en la corte, escribía: «¿Cuál es la causa que tienes para estar tan disgustado? Todos los de Palacio te respetan: toda la Real Familia te aprecia y te distingue; S. M. la Reina te quiere y te ama hasta el extremo; pues ¿qué motivos tienes para estar tan violento? — Ninguno; yo mismo no sé darme la razón. Sólo explico el enigma diciendo que esa repugnancia que siento es una gracia que Dios me dispensa para que no ponga la afición á las grandezas, honores y riquezas del mundo, pues que conozco claramente que el sentir de continuo esta repugnancia á las cosas de la corte y este deseo perenne de escaparme me preserva de la envidia y de poner el corazón en las cosas que en el mundo se aprecian. Veo que el Señor ha hecho en mí lo que contemplo pasa en los planetas: en ellos observo dos fuerzas, la centrífuga y la centrípeta; la centrífuga los inclina á escaparse lejos, y la centrípeta los tira al centro; con

(1) Apuntes y notas reservadas del Sr. Claret.

(2) Declaración de D. Carmelo Sala. Ad art. 55.

el equilibrio de estas dos fuerzas es como se describe la órbita. Pues así me contemplo yo. Siento en mí una fuerza que la llamaré centrífuga, que me inclina á salir de Madrid y de su corte; pero siento que hay otra fuerza, que es la voluntad de Dios, que quiere que por ahora esté en la corte, que con el tiempo ya saldré; esta voluntad de Dios es, pues, para mí la fuerza centrípeta, que me tiene amarrado aquí como perro á un poste; y mezcladas estas dos fuerzas, á saber, el deseo de salir y el amor que tengo á hacer la voluntad de Dios, me hacen describir el círculo que estoy haciendo.—Todos los días en la oración tengo que hacer actos de resignación á la voluntad de Dios; de día, de noche y siempre tengo que hacer actos de este sacrificio de estar en Madrid; pero doy gracias á Dios por esta repugnancia, pues conozco que es un grande bien para mí. ¡Ay de mí si la corte y el mundo me agradaran! Esto sólo me agrada: el que nada me agrada.» En este año, como dejamos anotado en otra parte, recibió la misión especial de Jesús y de la Virgen de propagar el santísimo Rosario.

12. Estando en el año 1863 en El Escorial hizo sus santos ejercicios, que comenzó el 23 de Octubre. En ellos insistió como materia de examen particular en la virtud de la mansedumbre, acerca de la cual hizo sus propósitos, sobre cuyo cumplimiento escribía así á su director: «Estos propósitos he procurado cumplir con el favor de Dios; el que más me ha costado es el de la mansedumbre, por la multitud de gentes que me venían á hablar para cosas de Palacio ó destinos del Gobierno; porque por más razones que les diese no se querían vencer, y esto me daba mucho que sufrir; antes que saliera de mi aposento para oír á los que aguardaban, pedía gracia al Señor para no enfadarme, y mientras salía uno y entraba otro, levantaba la vista y el corazón á la imagen de María Santísima, suplicándole que me alcanzasen los auxilios necesarios, y así lo tomaba mejor y lo ofrecía todo á Dios. Á los que venían les daba además algún socorro ó libro espiritual, é iban así más satisfechos.»

En 1864 hizo los ejercicios del 13 al 22 de Octubre. En ellos introdujo una modificación importante en la materia del examen particular, pues por inspiración divina comenzó á traerlo desde entonces del amor de Dios, el cual se propuso practicar sufriendo por el Señor persecuciones, calumnias y toda suer-

te de penas y trabajos. "Como en estos días, — dice, — me hallo tan perseguido, pensaré que todo viene de Dios y que quiere de mí este obsequio: que sufra por su divino amor toda especie de penas en la honra, en el cuerpo y en el alma; pensaré que trescientos años de fieles servicios á Dios se pagan y de sobra con una hora que Él permita que suframos penas, persecuciones y calumnias."

Con este espíritu tan levantado no es maravilla que llegara á tal estado de pureza y santidad que parecía como endiosado, sin pensar más que en Dios, sin hablar de otra cosa que de Él ni respirar más que su amor. Á veces, con un afecto íntimo, sublime, sólo comprensible á los Santos, decía á su Amado: "¡Oh Jesús mío! El atribulado, perseguido, desamparado, crucificado con trabajos exteriores y con cruces y desamparos interiores, que calla, que sufre y persevera con amor, éste es vuestro amado y el que os agrada y el que más estimáis (1)."

Por un papelito, que lleva la fecha de este año, sabemos que su habitual aversión á estar en Madrid seguía en el mismo estado, pero se propuso no hablar de ella, sino sufrir en silencio.

Nada revela tanto la alteza de perfección á que había llegado en este tiempo como la modestia y mansedumbre con que daba cuenta á su director espiritual de lo que había hecho, ó mejor, padecido en este año, pues habla de la resignación con que llevó las terribles persecuciones y calumnias que en 1864 habían llegado á su período álgido, como si apenas en esto hubiera cumplido con su deber, cuando su heroica paciencia traía admirados á propios y extraños. "Me he guiado, — dice, — por los propósitos que tengo hechos en los últimos ejercicios, y los he cumplido con algunas imperfecciones que el Señor permite en mí para que me humille más y más y conozca prácticamente que no soy sino miseria, y que si algo bueno hay en mí todo es de Dios; yo no soy sino un puro nada. El Señor en este año me ha hecho conocer hasta la evidencia la necesidad y utilidad de esta preciosísima virtud de la humildad; jamás lo había entendido con tanta perfección como ahora.

"En este mismo año he leído otra vez las obras de Santa Teresa de Jesús, y por su lectura me ha comunicado el Señor muy grandes conocimientos. ¡Oh, cuán bueno es el Señor!

(1) Notas reservadas del Siervo de Dios.

Como ya sabía Él las terribles pruebas por las cuales había yo de pasar, me previno con grandes conocimientos y auxilios espirituales. Este año he sido muy calumniado y perseguido por toda clase de personas, sirviéndose de periódicos, de folletos, de libros remedados, de fotografías y de muchas otras cosas: hasta he sido perseguido por los mismos demonios. Algún poquito se resentía á veces la naturaleza, pero tranquilizábame luego y me resignaba y conformaba con la voluntad de Dios, contemplando á Jesucristo y viendo cuán lejos estaba yo aún de sufrir lo que Él sufrió por mí... En este año he escrito el libro titulado *El consuelo de un alma calumniada* (1)."

13. Los propósitos de los ejercicios de 1865, fechados en 27 de Agosto, son una renovación de los que hizo en años anteriores, y así no me entretendré en ellos. Sólo apuntaré que entre las gracias recibidas en ese año, una fué el que el 7 de Mayo, fiesta del Patrocinio de San José, á las tres y media de la tarde, Jesús le dijo que fuese muy devoto de aquel glorioso Patriarca y acudiese á él con confianza filial.

Son más interesantes las notas que escribió en los ejercicios de 1866, que comenzó el día de la Ascensión y terminó en la Pascua del Espíritu Santo. Para adelantar en el divino amor, que era su ejercicio diario, propone valerse de la presencia de Dios, acerca de la cual escribe estos bellísimos y profundos conceptos: "Andaré siempre muy recogido de sentidos para no derramarme. La imaginación la tendré ocupada interiormente en el Señor, acordándome de aquellas palabras de San Pablo: "¿No sabéis que sois templo de Dios?, *Nescitis quia templum Dei estis?*" (2). Me figuraré que mi corazón es como la pieza ó sala en donde se sentaba Jesucristo en casa de Lázaro, y que mi alma le está contemplando, como María á los pies del Salvador, y que mi cuerpo, á imitación de Marta, está ocupado, sin turbarse, en las cosas del ministerio... Me figuraré que mi alma y mi cuerpo son como las dos puntas de un compás: que mi alma es como la punta que está fija en Jesús, que es mi centro, y que mi cuerpo, como la otra punta del compás, va describiendo el círculo de mis atribuciones y obli-

(1) Notas reservadas del año 1864.

(2) I Cor., III, 16.

gaciones con toda perfección, ya que el círculo es símbolo de la perfección en la tierra y de la eternidad en el cielo. Á los pies de Jesús diré frecuentemente: *Deus cordis mei et pars mea Deus in aeternum*. "Dios de mi corazón y parte mía, Dios „mío para siempre...„ Teniendo siempre presente á Jesús, su imagen se imprimirá en mi corazón; éste será como un espejo ustorio que, recibiendo el sol, que es Jesús, convergerá sus rayos en el alma, y así arderá en el divino amor como un serafín. Jesús vive en la casa de mi corazón como en la cueva de Belén; yo soy un niño muy pobre que le pide una limosna, yo soy un niño negrito y esclavo que sirvo al Niño Jesús, blanco, cándido y rubicundo, y le digo como el niño Samuel: "Habla, Señor, que tu siervo escucha„; y como San Pablo: "Señor, ¿qué queréis que haga?„ Por este último concepto, tan tierno y delicado, se comprenderá cómo el espíritu de los santos, aunque en la corteza parezca á las veces austero, es en realidad espíritu suave y envuelto con un fragante aroma de verdadera poesía que embriaga dulcemente el alma.

El 20 de Septiembre de este año, á las doce menos cuarto de la mañana, pidiendo el Siervo de Dios fervorosamente á Jesucristo que no fuese en vano para él lo mucho que su Majestad había padecido, el Señor le respondió con las consoladoras palabras que voy á copiar, en el corto diálogo con que notó este favor el Arzobispo: "Yo dije á Jesús: ¡Oh Jesús mío!, no se pierda lo mucho que por mí habéis padecido. Y Él me contestó: — No se perderá; yo te quiero mucho. — Ya lo sé, — le dije; — mas yo he sido muy ingrato. — Lo sé, — añadió Jesucristo; — sí, muy ingrato has sido. — En esta misma mañana pensaba que yo he sido el más ingrato de los que viven sobre la tierra..„

14. Los propósitos que hizo en 1867, en que comenzó los ejercicios el 26 de Agosto, son una renovación de los anteriores, y por ello se echa de ver que los frecuentes actos de amor de Dios y los deseos de hacer en todo su santísima voluntad eran como el aire que su alma respiraba.

Entre lo extraordinario que se halla en los papeles reservados del Sr. Claret con relación á este año, se lee que estando el día 4 de Enero, á las cuatro menos cuarto de la tarde, en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, y hallándose solo en el coro después de concluido el rezo del Oficio divino,

vió á Satanás que estaba con gran despecho y rabia porque se le había frustrado su designio en alguna cosa que había hecho con los estudiantes para disgustarle á él, y el Siervo de Dios conoció cómo el glorioso San Miguel Arcángel lo había disipado todo. "Oí, — dice, — la voz del mismo San Miguel que me dijo: — Antonio, no temas; yo te defenderé..„

En 24 de Noviembre del 68 renovó su retiro anual, y los propósitos de estos ejercicios son los últimos que se conservan del Siervo de Dios. Á causa de lo mucho que se le habían debilitado las fuerzas y de los achaques que padecía, su director espiritual le había mandado mitigar las mortificaciones y penitencias; pero aun así fueron éstas no pequeñas, por más que su ejercicio principal era el de la vida interior. "Ayunaré, — dice, — ó me privaré de alguna cosa los miércoles, viernes y sábados de cada semana. Los seis días de ella alternaré con la disciplina y el cilicio ó con hacer alguna cosa equivalente, como el rezar con los brazos en cruz cinco, seis ó siete Padrenuestros; mortificaré además los sentidos, pasiones y potencias. Procuraré la paz interior, no enfadándome ni disgustándome por cosa alguna de este mundo..„

Véase, por lo que sigue, el modo singular y perfectísimo con que santificaba todas sus obras y acciones, uno de los más levantados de la vida interior. "Andaré siempre, — escribe, — en la presencia de Dios y le ofreceré todas las obras en general y cada una en particular, haciéndolas con la más pura y recta intención. En los Maitines pensaré en los misterios del Rosario, y en las Horas menores, Vísperas y Completas en los pasos de la Pasión de Jesucristo. Por la mañana, al vestirme, pensaré en la obra de la Encarnación, en la cual el Señor se vistió de nuestra naturaleza, y le daré muchas gracias por ello. Por la noche, al desnudarme, pensaré en la muerte, y la cama me recordará la sepultura. Desde la cama dirigiré mi corazón al templo más cercano para pensar en el Señor sacramentado, suplicaré á los ángeles que velen por mí, y así, mientras yo duerma para hacer la voluntad de Dios, mi corazón vigilará. Dios quiere que coma y que duerma lo necesario, no por regalo, sino por necesidad y para confusión mía, para que vea cuán miserable soy, que aún tengo necesidad de estas cosas terrenas, y en el cielo no tendré que comer ni dormir; y así diré: Señor, lo hago por ser esta vuestra voluntad.

Me acordaré de esta verdad: *Dos años y diez meses*. Pensaré que todas las cosas que suceden, todas vienen ordenadas por Dios, quien me dice en cada cosa: Hijo mío, quiero que ahora hagas ó sufras esto. Sufriré, pues, con paciencia y aun con alegría por ser esta la voluntad de Dios, quien me está mirando cómo recibo las adversidades y cómo llevo los trabajos, desprecios, dolores, calumnias y persecuciones. El Siervo de Dios debe despreciarse á sí mismo y no despreciar á nadie ni juzgarle, sino tener á los otros por mejores. El examen particular será del amor de Dios, haciendo y sufriendo por Él y diciendo frecuentes jaculatorias (1).»

Habrà, sin duda, extrañado el piadoso lector aquellas misteriosas palabras: “Me acordaré de esta verdad: *Dos años y diez meses*”; las cuales, ciertamente, no hallan fácil explicación sino refiriéndolas al anuncio de su muerte, que el Señor le había revelado dos años y diez meses antes que ocurriera.

El 22 de Junio de este mismo año, á las nueve y media de la noche, habiendo ido á visitar el Santísimo Sacramento, había tenido una visión misteriosa de una luz extraordinaria, que avivó en él los deseos del martirio.

15. Para completar el retrato moral del P. Claret daré una rápida ojeada á las demás virtudes, de que tan heroicos ejemplos dió en todas partes. Una de las cosas más difíciles de practicar, aun á las almas más adelantadas en el camino de la perfección, es el aprovechamiento del tiempo. Verdad es que hay personas que parece andan siempre muy atareadas en medio de sus ocupaciones y que apenas pueden respirar; mas si se examinan detenidamente hallarán que delante de Dios han perdido mucho tiempo, ora con pensamientos ociosos, ora con vanas pláticas ú otras cosas, hechas más por propia inclinación que por agradar á Dios. El P. Claret era en esto tan solícito y cuidadoso, que no perdía un solo instante de tiempo; todas las horas del día, todos los minutos y segundos se hallaba empleado en cosas del divino servicio, penosas casi siempre y nunca por propia complacencia, sino para cumplir la voluntad del Señor. “Habíase propuesto, — escribe el Canónigo Sala, — no perder un momento de tiempo, y era tan rígido en cumplirlo que no se permitía ni un pequeño descanso du-

(1) Propósitos de los ejercicios de 1868.

rante el día; y cuando, después de largas y penosas fatigas de confesonario y púlpito, se le instaba para tomar algún reposo, contestaba: “Ya descansaré de una vez cuando vaya al cielo (1).»

En la penitencia fué muy riguroso: “Una vez, — dice el Canónigo Barjáu, — estando en Madrid, de acuerdo con su familiar Ignacio Betriu, registré su mesa de noche, y descubriendo un secreto que en la misma había, encontré dentro unas disciplinas de cuerda de guitarra ensangrentadas y dos juegos de cilicios, uno para los brazos y otro para los muslos, ensangrentados también (2).»

Su paciencia é igualdad de ánimo era el espanto de cuantos le trataban; nunca se le vió alterado, y á pesar de que sus enemigos levantaron contra él tan gran polvareda de calumnias y persecuciones, no se oyó de sus labios una sola queja contra ellos, antes solía decir con mucha gracia y contento: “Si ellos supieran el bien que me hacen, dejarían de calumniarme ó perseguirme. ¡Pobrecitos! Los compadezco; en cuanto á mí, no son más que instrumentos de la bondad divina, que quiere por medio de sus golpes desbastar este tosco madero (3).»

“Lo más heroico en él, — escribía D. Santiago Masarnáu, presidente del Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paúl en España, — fué, sin duda, la paciencia é igualdad de ánimo con que sufrió las calumnias y las persecuciones por espacio de muchos años, sin que su boca ni su pluma se quejaran á nadie directa ni indirectamente (4).» Comiendo un día con el Ilmo. D. Juan Castanyer, Obispo de Vich, y acompañándolos en la mesa el Rdo. P. Claret, de nuestra Congregación, aquel Prelado, afligidísimo por las amarguras inherentes á su cargo y por las exigencias del Gobierno de Madrid, fué diciendo al Sr. Claret, uno por uno, los gravísimos conflictos en que entonces se hallaba, y concluyó de ahí que la Mitra le ponía á veces en grandes tribulaciones. “¿Y no le sucede á Ud. lo mismo? — añadió el buen Prelado. — No, señor, — respondió el P. Claret; — yo estoy siempre tranquilo; en los casos arduos y difíciles acudo á la oración, tomo consejo y obro

(1) Muy ilustre D. Carmelo Sala, oficio del 23 de Abril de 1880.

(2) Declaración en el Proceso informativo.

(3) Declaración de D. Carmelo Sala, oficio del 29 de Abril de 1880.

(4) Carta del 24 de Agosto de 1880.